

UN DUELO FAMOSO

Escribe: ALBERTO MIRAMON

El día de San Simón, 28 de octubre de 1827, onomástico del Libertador, celebróse en la capital de la gran Colombia con especial esplendor. Así como la llama suele brillar con mayor fuerza, se aviva y fulge más cuando está próxima a extinguirse, aquel año la conmemoración tuvo relieve que ya jamás volvería a alcanzar: *Te Deum*, regocijos populares, y, por último, gran baile en la casa del gobierno.

Bolívar, rodeado de los hombres más importantes de Colombia, se presentó vestido de gran uniforme militar. En su estado mayor figuraban Iturbide, el hijo del emperador de México, Wilson, O'Leary y Francisco Miranda, el cual "no tiene más de diez y ocho a diez y nueve años de edad", según afirmación de un diplomático contemporáneo. "Tan bien llevaba su elegante uniforme, como el traje de etiqueta; montaba admirablemente, y ganaba las carreras en *campo alegre* por la tarde y por la noche bailaba la cuadrilla con la señora del Ministro inglés; hablaba francés, resolvía los problemas de geometría con Osmán, y con Miralla repetía los clásicos latinos y franceses", —cuenta un contemporáneo—.

Era el joven oficial "pálido, de frente despejada, mirada penetrante —como todo miope, aclara otro testigo—, facciones varoniles y hermosas".

"Su pelo era castaño claro, —detalla otro contemporáneo— sus ojos garzos y rasgados, sus bigotes lustrosos y semejantes a la seda, su boca tenía un ligero color de carmín, y su cutis, tostado por el sol, conservaba todavía la suavidad y frescura del cutis de un niño".

Los cronistas de esa fiesta refieren unánimes que, habiendo sacado a bailar a una dama el cónsul general de Holanda, caballero Roberto van Stuers, dejó ella, como era costumbre, sobre el asiento, el abanico y un frasquito de esencias; pero ninguno da el nombre de la persona que de modo tan inocente iba a provocar uno de los sucesos más sonados de aquella época.

Sin embargo, en el tomo III de las *Memorias* del célebre Juan Bautista Boussingault, se relata el incidente con todos los detalles, ocurrencias y percances:

"La reina de la fiesta era la señora Roulin, no obstante sus veinte y ocho años. Debía este título a la elegancia de su vestido, a su belleza, a su amabilidad, a sus ojos verdes, al magnífico turbante con que cubría su negra cabellera y a su infatigable ardor por el baile.

"La reina estaba sentada conversando con sus admiradores, cuando el Cónsul General de Holanda la invitó para un valse. La señora Roulin dejó en su silla su abanico y un frasco de olor, y se lanzó en el torbellino de la fiesta: valsaba admirablemente para una bretona.

"El joven comandante Miranda, al ver vacante el asiento, creyó poder ocuparlo, pero como era miope, al sentarse hizo caer el frasco de olor. Conducida la señora Roulin a su puesto por su pareja, manifestó vivo pesar cuando vió el frasco roto. Miranda se excusó lo mejor que pudo y prometió reparar su torpeza. El incidente habría terminado ahí si el Cónsul no hubiera ofendido de palabra al joven comandante, quien le replicó en el mismo tono".

Para los historiadores venezolanos C. Parra-Pérez y José E. Machado, "no merece mucho crédito la especie de que fue la esposa del doctor Roulin la causa del desafío, tanto porque el distinguido químico y agrónomo no resulta muy experto en achaques históricos, cuanto porque es en alto grado extraño que ningún otro cronista haga valer esa circunstancia, digna de mención...". Pero en el archivo del general Pedro Alcántara Herrán, que se custodia en la Academia Colombiana de Historia, existe un documento que no deja lugar a dudas: es la carta que el propio doctor Roulin escribió al prócer granadino y cuyo texto es el siguiente:

Señor General Herran

Havre de gracia

Paris a 22 de junio del año de 1834

Muy señor mio y de mi mayor aprecio

Antes que V. M. haya salido de nuestro pays permitame renovarle las gracias para todo el consuelo que hemos recibido en saber que nuestra querida hermana al llegar a una tierra extraña encontraría en V. M. un apoyo en caso de necesidad. No será señor General la primera vez en que habré experimentado se puede contar con usted en circunstancias difíciles. No he olvidado lo que paso en la desgraciada muerte del consul M. de Stuers y como encontramos en V. haciendo entonces de M. Juez Político las buenas disposiciones que podíamos desear en un tal apuro. Ahora me puedo dirigir a V con más confianza todavia no solo porque le he tratado más sino porque los servicios que le pido son por una señora interesante por todos aspectos que ya se ha hecho paisana de V y es muger de un amigo suyo.

V. me ha ofrecido cuando llegue a Nueva York escribir a nuestro Vicente lo que pasa con motivo que no vaya a salir por su parte y correr el riesgo de cruzarse con su muger. Por este correo escribo a M. Lemaitre en el Havre a fin de que asegure el pasaje por mi cuñada en el paquete

que saldrá el día 8 de junio de modo que llegará a los Estados Unidos a los quince días después de V. y ella tendrá mucho consuelo en encontrarlo a V. cuando desembarque como les hemos escrito que V. estaría sobre aviso para saber quando llegue el paquete en que ha de venir.

Madama Roulin me encarga presentarle a V. sus saludos y decirle cuanto ha de agradecer todo lo que V. haga a favor de su hermana.

Deseo que V. me ofrezca alguna oportunidad de manifestarle también mi agradecimiento, y V. puede contar que cualquier persona que se presente con recomendación de V. procuraré servirle en cuanto alcance mi poder. Entre tanto quedo de V.

El muy atento y seguro servidor

Q.S.M.B.

ROULIN

D.M.P.

En una comunicación confidencial del señor D. Bing, fechada en Bogotá a 9 de noviembre de 1827 y dirigida al Gobernador de Curaçao, se encuentran estos detalles complementarios del suceso:

“El Caballero, encolerizado, dijo a Miranda que se ocupase en lo que le incumbiera, o palabras similares. Habiendo Miranda contestado en tono burlón, el Caballero le insultó en presencia de los concurrentes, llamándolo en francés *polisson*. Varias personas intervinieron entonces, separándose”.

Sigue relatando la misma fuente documental:

“Al día siguiente, Miranda escribió al Caballero una carta cortés diciéndole que debía darse cuenta de haberlo insultado groseramente delante de toda la concurrencia, y que no dudaba le daría una reparación satisfactoria por aquella ofensa; y como prueba de moderación proponía al Caballero dejar la decisión del asunto a tres personas respetables que hubiesen presenciado la escena, cuyo veredicto satisfaría a Miranda, diérale o no derecho a excusas”.

“A esta carta contestó el Caballero que no deseaba la intervención de nadie en el asunto y que el señor Miranda no tenía sino decirle la hora y el lugar, cuándo y dónde le daría satisfacción. Algunos amigos, tanto del Caballero como de la otra parte, hicieron cuanto pudieron para hacerlo desistir, diciéndole que la menor expresión de pena sería considerada como suficiente. Pero fue inútil: parecía determinado, diciendo que nadie le pondría en ridículo”.

Van Stuers gozaba reputación de ser muy diestro en el manejo de las armas; se aseguraba que en los duelos que había tenido —ocho según algunos autores, doce según otros— había dado buena cuenta de sus adversarios.

"Me es muy desagradable tener que señalar la manera antipática usada por el señor Stuers —comunica el vicecónsul van Lansberge, a la cancillería de su país. "Lo que más sorprende a todos es que el Caballero haya escogido a un joven que no tiene más de diez y ocho a diez y nueve años de edad y no había nunca en su vida usado una pistola... Aún en el terreno todo se intentó en vano para arreglar la cuestión..."

Tenía el cónsul la jactancia común de todos los valentones y la testarudez sin elegancia de quienes se saben seguros por su mayor destreza física.

Francisco Miranda —refiere Cordovez Moure— pasó todo el día en el solar de la casa ejercitándose al tiro de pistola; tan poco diestro era en el manejo de las armas de fuego, que el coronel norteamericano Johnson, "a quien llamábamos Abelardo, porque una bala le había privado de partes esenciales de su cuerpo" —explica Boussingault—, tuvo que darle lecciones de tiro de pistola.

El 30 de octubre entre cinco y seis de la tarde —según el informe oficial del vicecónsul holandés, y no en la mañana muy temprano, como dice el autor de las *"Reminiscencias de Santa Fe y Bogotá"* y otros que lo siguen—, tuvo lugar el desafío.

El sitio escogido fue el paraje de *El Aserrió*, por el camino que conducía a Fucha.

"El Cónsul vestía sombrero de *jipijapa* con cinta de seda negra, levitón abrochado y botas de campaña; Miranda tenía cachucha de paño y *medio uniforme militar*".

Los padrinos midieron los pasos; veinte, según unos autores, doce, según otros.

"Tiró primero M. Stewart y con la bala quitó la cachucha a Miranda; éste, que era tan valiente como generoso, dijo a su contendor que aún era tiempo de explicarse amigablemente; pero el furioso holandés le replicó diciéndole que si no hacía fuego *lo mataría como a un perro*. Perdida toda esperanza de avenimiento, dieron los testigos las voces acostumbradas en estos lances: al oír la voz de *tres*, Miranda tendió el brazo y sin apuntar disparó. El proyectil atravesó la cinta negra y el sombrero sobre el centro del hueso frontal del contrario, y se introdujo en la masa cerebral; el doctor Ricardo Cheyne que estaba presente en su calidad de médico, exclamó al ver caer desplomado a Stewart: "*¡Hombre muerto!*".

"El cadáver del cónsul fue llevado a Bogotá por los Hermanos de la Cofradía del Santísimo. Al tratarse de la ceremonia religiosa, algunos curas y capellanes se negaron a rezarle los oficios en sus respectivas iglesias, alegando lo dispuesto por el Concilio de Trento. Sin embargo, el cura del Sagrario, don José Joaquín Cardoso, convino en que se verificara en su parroquia, no obstante la oposición del Mayordomo de la capilla don Gregorio Vergara, y del Capellán de la Cofradía doctor don Francisco Margallo y Duquesne, quien en una plática, dijo que el templo estaba profanado y que no volvería a entrar en él, porque no quería quedar bajo sus ruinas".

El doctor Margallo, dice el historiador Groot, no volvió a la capilla: los Hermanos de la Cofradía siguieron concurriendo, y el 16 de noviembre, a las 6 y media de la tarde, estando en oración, vino un temblor de tierra tan fuerte que echó abajo la cúpula del templo, y no quedaron allí sepultados muchos de los concurrentes por haber habido primero un pequeño movimiento de tierra.

El vicecónsul señor R. F. van Lansberge se dirigió el 7 de noviembre de 1827 a su Excelencia el Barón Verstolk van Soelen, Secretario de Negocios Extranjeros del reino de Holanda, detallando la muerte del Jonhkeer van Stuers, en los siguientes términos:

“Sobre su mesa encontré dos cartas. La primera, al señor Ministro de Negocios Extranjeros Revenga, diciéndole que en caso de enfermedad, de ausencia o de fallecimiento yo me encargaría de las funciones del señor Stuers; una copia de dicha carta seguirá. Al día siguiente expedí la carta al señor Revenga, notificando al mismo tiempo a su Excelencia la muerte inesperada del Cónsul General, con súplica de informar de ella al Presidente. El señor Revenga me respondió el 2 del corriente comunicándome que el Presidente sabía ya lo sucedido y que Su Excelencia había mostrado su interés, dando el 30 por la tarde orden de abrir una averiguación y de castigar los “partidos” de acuerdo con la ley; (las leyes de Colombia condenan a muerte a los dos “partidos” y a los que los secundan); y en seguida que era muy agradable a Su Excelencia confirmar la confianza que el Gobierno ponía en mí para cultivar las relaciones amistosas existentes entre los dos países. Creo que como indico a Vuestra Excelencia el contenido de esa carta es superfluo enviársela original, lo cual aumentaría los gastos de correo”.

“La segunda carta estaba dirigida a mí y contenía la última voluntad del señor Stuers. Dice entre otras cosas: “Escribid al Rey; recomendad a Su Majestad mi mujer y mis hijos. Decid que el sentimiento del honor nacional era todo en mi conducta”.

“La siguiente explicación mostrará claramente a Vuestra Excelencia la razón por la cual el señor Stuers quiso terminar este asunto, que era una bagatela pueril, con tanta insistencia, habiendo sido vanos para disuadirlo los esfuerzos de sus amigos, inclusive los del señor Martigny, su testigo”.

“Hace largo tiempo venía yo temiendo un encuentro de esta índole: el señor Stuers, que poseía con mucha vivacidad y fuego gran susceptibilidad había ya manifestado frecuentemente su indignación ante la cobardía de muchos de los primeros personajes de aquí, por ejemplo, del Encargado de Negocios de los Estados Unidos, coronel Watts, del edecán del Vicepresidente y de otros, quienes se han dejado dar de latigazos y me había asegurado varias veces que si él se hallara en un caso semejante, probaría tener en las venas sangre holandesa. Además, Miranda, aunque está al servicio de Colombia, es inglés de nacimiento y el señor Stuers, que no era amigo de esa nación, no podía sufrir la pose y el tono altanero de los ingleses: Vuestra Excelencia habrá sin duda advertido estas disposiciones en la correspondencia del Cónsul General”.

“El Gobierno tomó inmediatamente todas las medidas para una investigación judicial; pero a decir verdad, creo que sea solamente para justificarse ante el Gobierno de su Majestad y que muy pronto no se hablará más de ello”.

“Creiendo que sería mejor mencionar este asunto lo menos posible, he hecho cuanto he podido para mantenerlo secreto. Me costó mucho hacer callar al redactor de *“El Conductor”* periódico de la oposición, pues es enemigo personal del redactor de *“El Constitucional”*, hermano del oficial Miranda, y hasta que no haya visto *“El Conductor”* de esta tarde no sabré a que atenerme. La *“Gaceta de Colombia”* habla del caso y lo deduce de las circunstancias conocidas. *“El Constitucional”* no ha dicho nada naturalmente”.

“Con mucho trabajo, y merced a la intercesión del Gobierno, los amigos del difunto y yo obtuvimos por fin del Arzobispo el permiso para enterrar el cadáver en el nuevo cementerio, lo que se efectuó en la tarde del 19 de este mes, en presencia del Cuerpo diplomático y de algunos amigos. El Libertador quería que los Ministros y dos sacerdotes estuvieran presentes, pero no vinieron a causa de la lluvia. Ayer en la mañana tuvo lugar en la capilla de Nuestro Señor un gran servicio por el alma del difunto; yo había tenido cuidado de invitar a los ministros; el Cuerpo Diplomático entero y muchas otras personas asistieron”.

“El domingo me dió audiencia Su Excelencia el Presidente; Su Excelencia me expresó sus sentimientos de pésame por lo que había sucedido y me dió la seguridad de la protección del Gobierno”.